

TRES PERSPECTIVAS SOBRE LO HUMANO EN ARQUÍLOCO Y SIMÓNIDES

Patricio Jeria

Introducción

Simónides y Arquíloco son considerados dos grandes de la lírica griega arcaica. Arquíloco marca, por así decirlo, el inicio de la lírica griega en los albores del siglo VII a. C.; por su parte, Simónides es, puede decirse, el culminador del proceso de transformación artística, social y política que había comenzado dos siglos atrás¹. Ambos poetas se caracterizaron por sus llamativas personalidades y por sus agudas críticas al sistema de valor imperante en su época respectiva; poseen un carácter fuerte y son individualistas, que proponen sus puntos de vista con miras a que sean considerados como referencias para juzgar la realidad. Obviamente, difieren en ciertos aspectos, y no solamente por el arco de doscientos años, aproximadamente, que los separa, sino también por sus circunstancias particulares. Tarea de este breve escrito será comparar las visiones de ambos poetas frente a determinados temas como la existencia humana, la virtud y el valor.

Breves indicaciones históricas y sociales

Antes de preocuparnos de Arquíloco y Simónides, se impone un pequeño *excursus* histórico para centrar la época arcaica en el contexto del desarrollo de Grecia. La llamada época arcaica se extendió, aproximadamente, desde el siglo VII a. C. hasta las Guerras Médicas; durante este período la vida económica, social, política, artística e intelectual de Grecia sufrió una

¹ Píndaro es contemporáneo de Simónides, pero en lo que respecta a la ideología ética y religiosa, se encuentra por lo menos dos siglos atrás. El poeta tebano se desvinculó voluntariamente de la corriente intelectual de su tiempo. Su caso es especial y se plantea como tema de un estudio particular.

Patricio Jeria, Tres Perspectivas sobre lo humano en...

serie de cambios, que desembocarían en el transcurso de la segunda mitad del siglo V a. C en lo que se conoce como época clásica.

El período histórico que nos ocupa fue testigo del primer proceso de colonización emprendido por los griegos, este hecho obedeció tanto a razones económicas como a factores sociales y políticos; la situación en el continente era bastante agitada debido a la sobrepoblación, al agotamiento de los recursos y a los abusos de la aristocracia y los terratenientes. Esto obligó a muchas personas a emigrar de sus ciudades natales y, a la vez, hizo imperativo poner en práctica intentos de reforma y mejoramiento del sistema político, de la repartición de tierras y del aparato legal y judicial. Las colonias que se establecieron en las numerosas islas o en las costas jónicas, y posteriormente en el sur de Italia, siguieron manteniendo un vínculo con la ciudad „madre“ de la cual procedían sus fundadores. Ello se refleja en la conservación de costumbres y algunos usos legales y religiosos. Sin embargo, las colonias evolucionaron hacia nuevas formas de organización política y social. La conquista y la colonización de nuevos territorios, generalmente hostiles o ya previamente habitados por poblaciones no griegas, obligó a las comunidades a constituirse civilmente de manera tal, que la cohesión de los ciudadanos hiciera viable la defensa y el desarrollo de la nueva polis; por ello se reconocían, generalmente, derechos más o menos amplios e igualitarios para todos los miembros libres de la comunidad. Como consecuencia de lo anterior, el antiguo orden social de corte tribal y patriarcal, que daba énfasis al parentesco y a la fidelidad al *genos*, se debilitó. Con él decayó también, en cierta medida, el poder y el prestigio de la monarquía aristocrática que hubo de ceder terreno a nuevos grupos sociales emergentes. Un cambio importante en este sentido es la modificación de la composición del ejército, que pasó de ser una especie de batallón elitista, formado por guerreros aristócratas, a convertirse en un cuerpo militar de infantería, básicamente, que incluía a los „nuevos ricos“ y a los propietarios de tierras que podían costearse las armas y enseres indispensables. Con este hecho, nuevos elementos sociales accedieron a cuotas de poder político y a derechos antes exclusivos de la nobleza. En lo que respecta a la administración de la justicia, la época arcaica marcó el redescubrimiento de la escritura y ello implicó que los reyes aristócratas ya no pudieran seguir interpretando el derecho consuetudinario, tal y como lo hacían cumpliendo una función de árbitros entre las partes litigantes, prerrogativa que les venía según la tradición, atestiguada por Hesíodo, del propio Zeus, por medio de las Musas. La creación de constituciones para regir el funcionamiento de la naciente polis, significó un cambio importante en todos los aspectos de la vida comunitaria griega, al mismo tiempo que el concepto

de justicia y moralidad fue evolucionando hasta distanciarse por completo de la noción homérica, proceso que ya puede rastrearse en Hesíodo. En las colonias este proceso de codificación de las leyes fue, por lo general, más rápido y más amplios sus efectos. Con ello la administración de la justicia y el poder político se alejó de los centros de gravedad aristocráticos, que habían detentado tradicionalmente estas funciones, proceso que culminará en la época clásica con la instauración y funcionamiento efectivo de la democracia ateniense, pasando antes por la Tiranía como forma intermedia.

Naturalmente, todos estos cambios incidieron sobre las formas griegas de pensar y comprender el mundo, sobre las manifestaciones artísticas de todo género y en la percepción de las relaciones sociales y en las concepciones religiosas. Si escuchamos a J. Burckhardt, hemos de creer que en esta época “por todas partes despierta ahora la individualidad como tal, y sólo con esto los griegos se convierten en un pueblo que no se parece a ningún otro”². Un „nuevo hombre griego” implicaba una nueva forma de expresión literaria y de pensamiento, y es en este contexto que surge la lírica arcaica, que a partir de formas, temas e influencias tanto de la épica, como del culto y elementos de poesía y canción populares, se desarrolló como género literario independiente y representativo de una época de cambios.

Concepción general del hombre y la existencia humana en la lírica arcaica

La época arcaica se caracteriza por una especial concepción del ser humano y su existencia en el mundo, que se tradujo en un darse cuenta de la inestabilidad de la naturaleza humana, ya sea que el sujeto se encuentre sometido a influencias externas, como el destino o los dioses, o bien que se enfrente con sus propias emociones y sentimientos cambiantes y caóticos. Como sea, la imagen resultante siempre es la de un ser que parece juguete de fuerzas ajenas a su impotente voluntad. El famoso calificativo „efímeros” aplicado a la raza humana, parece derivado de lo breve del pasar del hombre por el mundo, lo que recuerda los famosos versos de Homero: “Cual la generación de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y la selva, reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera: de igual suerte, una generación humana nace y otra perece.”³ Pero el apelativo

² J. Burckhardt: *Historia de la cultura antigua*, vol. IV, Iberia, p. 225.

³ *Ilíada*, VI, 146-149.

Patricio Jeria, Tres Perspectivas sobre lo humano en...

también vale para lo efímero de la condición anímica del hombre, sometida a los cambios bruscos del destino y a los afanes en que éste se ve envuelto para superar estos avatares. Así el sujeto oscila bruscamente entre la felicidad y la tristeza; nuevamente recordamos al gran poeta de ciego: “Los dioses condenaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, y sólo ellos están descuitados. En los umbrales del palacio de Zeus hay dos toneles de dones que el dios reparte: en el uno están los azares y en el otro las suertes. Aquel a quien Zeus, que se complace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras con la buena ventura; pero el que tan sólo recibe azares, vive con afrenta, una gran hambre le persigue sobre la divina tierra, y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dioses ni por los hombres”⁴. Frente a la labilidad del hombre, y frente a lo „efímero“ de su naturaleza íntima, se yerguen como opuestos, y complementarios en el conjunto de lo existente, los dioses; ellos son los siempre felices, los siempre jóvenes, los siempre vivientes. Los dioses son los omnipotentes, que se burlan de la inoperancia de los esfuerzos humanos, pero también son ellos quienes en su infinita sabiduría se apiadan de la torpeza del humano y de su estrechez de miras; por último, son los olímpicos quienes levantan o hunden a un sujeto cuando les parece que así debe ser: “... padre Zeus, por quien todos los hombres son insignificantes o célebres, famosos o desconocidos, por la voluntad del gran Zeus. Porque fácilmente da la fuerza y derriba al poderoso y fácilmente eleva al débil y abate al orgulloso, Zeus que truena desde las alturas y mora en sus altísimos palacios”⁵.

Estas características del „ser hombre“ hacen que el poeta preste atención al „aquí“ y al „ahora“ de la existencia del hombre. La circunstancia personal cobra importancia como punto de vista, a partir del cual se juzga la vida y se dirime entre realidad y apariencia; la oposición cruda entre los deseos, preferencias personales y las posibilidades ciertas y condicionantes, genera una „crisis“ del ideal heroico, lo que deviene en una mirada crítica al pasado mítico-heroico y al ideal ético que plantea como pauta de vida. En esta encrucijada, el poeta busca valores que satisfagan sus expectativas personales; la lírica se vuelve, entonces, un vehículo para mostrar vivencias personales que chocan con lo impuesto por la tradición. De la mano con este proceso de crisis y revisión, surge la valoración de los aspectos emotivos, los estados anímicos personales y el modo de pensar de cada poeta como individuo. Por

⁴ *Ilíada*, XXIV, 525-533.

⁵ Hesíodo: *Trabajos y días*, 3-8.

ello se ha dicho que con la lírica arcaica se „descubre“ la individualidad, como alternativa a la crisis de los modelos éticos y sociales.

Sin embargo, la lírica griega nunca fue subjetiva, no en el sentido que nosotros le damos al término. La poesía griega arcaica no era tampoco un soliloquio ni un desnudar el „alma“ del poeta, y tampoco tomó las expresiones crípticas de un „yo“ indiscifible, como suele ocurrir demasiado a menudo hoy. La lírica griega siempre fue un apelación al otro, sobre aquello que se consideraba importante, aquello que debe discutirse y juzgarse. El „yo“ de la lírica griega arcaica, quiere ser representativo, desea que se reconozcan los valores verdaderos y objetivos. Por eso se plantea como crítica del sistema ético imperante, no por capricho individualista, sino porque siente que esos modelos no son reales, es decir, no expresan lo general y fundamental. La experiencia personal adquiere, por medio de la forma artística precisa, un carácter ejemplificador y ansía adquirir permanencia.

Según estas coordenadas hemos de introducirnos, entonces, en algunos fragmentos de Arquíloco y Simónides.

Una mirada a la vida y la poesía de Arquíloco y Simónides

Arquíloco vivió, aproximadamente, entre la segunda mitad del siglo VII a. C. y la primera del siglo VI a. C., época de cambios y convulsiones que, se concuerda, hizo surgir la lírica como alternativa de expresión para reflejar un nuevo estado intelectual y emocional del hombre griego, una cierta subjetividad, nunca extrema, que la poesía épica ni siquiera consideraba. En este sentido, Arquíloco es comparado con Homero, al considerarlo como exponente destacado de una nueva forma de comprensión de la realidad y de una nueva forma de expresión artística⁶.

El poeta desarrolló la mayor parte de su vida en Paros, una isla pobre y al parecer no muy agradable:

“Ésta , como el espinazo de un asno, se levanta cubierta de un bosque
inculto
pues no un lugar hermoso ni deseable, como el situado junto a

⁶ “El sentimiento vital de los hombres experimenta una gigantesca intensificación por el despertar de las pasiones políticas y por la necesidad en que el individuo se encuentra de imponerse en la lucha por la existencia; esa intensificación del sentimiento vital individual consigue una expresión adecuada en una nueva forma poética, la lírica”. W. Nestle: *Historia del espíritu griego*, Iberia, p. 53.

la corriente del Siris. (18 D)

Aparentemente, era hijo bastardo de un noble de Tasos y de una esclava tracia⁷. Fue, como él mismo afirma, soldado y poeta; según distintos autores, y de acuerdo con lo que se extrae de los fragmentos de poesía que se conservan, Arquíloco era un personaje de fuerte carácter, considerado ya en vida un sujeto pintoresco. El poeta sería el primer lírico griego con personalidad propia, pues refleja sus sentimientos, preocupaciones, intereses e, incluso, sus odios particulares en lo que escribe, "... sin duda también los antiguos vieron en Arquíloco, como vemos nosotros, un „inventor de poesía“, un creador, semejante a Homero, pero en un campo diferente del campo mítico y narrativo de éste, el que señalamos ahora, propiamente „lírico“, del yo singular, de la propia vida, de las propias experiencias interiores”⁸. La poesía de este autor también se caracteriza por la gran emotividad que se refleja en sus versos, sus descripciones son realistas y vivaces, lo que confiere a su obra una peculiar fuerza expresiva. Arquíloco presenta sin pudor los odios más virulentos, sus sentimientos amorosos y al mismo tiempo chistes vulgares⁹. Para Rodríguez Adrados, Arquíloco es el poeta del *ahora*, del *aquí* y del *yo*, ya que su poesía está transida de un realismo y un pragmatismo que se hacen palpables al leer sus versos¹⁰; otro rasgo que singulariza al poeta de Paros es el hecho de haber elevado el *yambo*, un tipo de metro griego popular, a niveles de arte nunca antes alcanzados¹¹. Se supone que mucha de la energía y viveza de su poesía le viene de cultivar esta poesía de raigambre popular.

Simónides, por su parte, vivió en una época de transición, 556 a 467 a. C., período que corresponde al paso de la época arcaica a la Grecia clásica. Simónides recogió diversas tradiciones literarias y en su pensamiento pugnan las nuevas concepciones con los valores tradicionales. De joven fue maestro de música y poesía en Cartea y se paseó, como poeta errante, por las cortes de los tiranos Hippias e Hiparco en Atenas y conoció el favor de los gobernantes de Tesalia. Sin embargo, esta cercanía con los círculos aristocráticos no le impidió cantar las victorias de la democracia frente a los persas, pues en este tiempo había vuelto a Atenas y no parecía descontento con la democracia.

⁷ H. Frankel: *Poesía y filosofía de la Grecia arcaica*, Visor, p. 140.

⁸ Q. Cataudella: *Historia de la literatura griega*, Iberia, p. 53.

⁹ Cfr. Fragmentos 25 D, 26 D, 112 D, 104 D, 128 D t 120 D.

¹⁰ F. Rodríguez Adrados: *Líricos griegos*, vol. I, Alma Mater, p. 15. Todos los fragmentos de Arquíloco citados en este trabajo provienen de esta edición, pero se respeta la numeración de Diels.

¹¹ Entre otros, Burckhardt, op. cit., p. 226, y Rodríguez Adrados, op. cit., p. 3.

Una vez que envejeció volvió a los viajes y finalmente se estableció en Sicilia, donde falleció.

Durante su vida el poeta conoció a muchos hombres influyentes y estuvo en los lugares exactos en los momentos precisos; fue amigo de Pausanias y Temístocles, destacado personaje de la política ateniense. Baquilides, otro gran poeta arcaico, era su sobrino. Y, según algunos, Simónides era rival de Píndaro; él mismo afirmó haber ganado cincuenta y seis veces en certámenes poéticos donde compitió. No obstante, su figura y la valoración de su poesía por sus contemporáneos era contradictoria. Fue famoso en la antigüedad, muy considerado por Platón y citado con frecuencia tanto por Jenofonte como por Aristóteles. Se decía que poseía una gran memoria y que practicaba la mnemotécnica, además de hacer alarde de su conocimiento enciclopédico. Junto a su sobriedad y elegancia para componer, se destaca el que escribiera por encargo y cobrara grandes sumas por ello; Píndaro lo acusó de escribir versos con la „cara plateada“, aludiendo a su supuesta codicia y amor al lujo. Parece ser que cultivó todos los géneros líricos arcaicos y que fue el inventor del epinicio; sin embargo, solamente poseemos breves fragmentos de su producción literaria, donde siempre se destaca Simónides por su espíritu crítico que se opone a la valoración tradicional. Como consecuencia de esto destaca como un poeta de notas propias en lo que respecta a la virtud y a la concepción del hombre.

Tres facetas de lo humano en Arquíloco

a) Lo efímero de la existencia humana.

“La fortuna y el Destino dan al hombre todas las cosas, oh Pericles.”
(8 D)

Arquíloco se mantiene, en este sentido, en las líneas generales de la concepción arcaica, la existencia humana está sometida a los vaivenes del destino (*Μοῖρα*) y el azar (*Τύχη*) y, por esto, se caracteriza por el sufrimiento y por el cambio constante; frente a este panorama se plantea la omnipotencia de los dioses:

“Atribúyesele todo a los dioses: con frecuencia levantan a hombres que yacían en la negra tierra, sacándoles de su infortunio; y con frecuencia les derriban, haciendo caer boca arriba a otros que estaban

Patricio Jeria, Tres Perspectivas sobre lo humano en...

seguros sobre sus pies; luego se sigue una serie de desgracias y el caído va de un lado a otro sin medios de vida y con la mente extraviada.” (58 D)

El hombre, sometido a los vaivenes de la existencia, vacila, y ello redundante en sufrimiento y desgracia, esto trastorna su juicio y provoca reacciones amargas y airadas; este hombre de *νόου παρήγορος*, es el que a diario lucha por sobreponerse al caos que representa una vida azarosa y penosa, sumado al trastorno que ello provoca en su ánimo. No obstante, frente a esta circunstancia Arquíloco plantea una resignación no desesperada, llamando a la moderación y a la confianza:

“...Pero los dioses, querido mío, han puesto la esforzada resignación como como medicina de los males sin remedio...” (7 D 5-6-7)

Esta templanza de ánimo es la que permite a Arquíloco alcanzar la comprensión del continuo vaivén de la existencia humana, que exige adaptarse a las consecuencias sin caer en la apatía o en un „sentarse a morir“. El hombre que posea esta virtud conseguirá la moderación viril frente al sufrimiento, tal y como lo plantea el poeta cuando dice:

“...Alégrate con las cosas alegres y no te irrites demasiado con los fracasos: date cuenta de las alternativas a que está sujeto el hombre...” (67 D 6-7)

Ésta es la solución a la *ἀμνηχανία* radical, a la que parece estar sujeta la existencia humana; Arquíloco, pese a sus diferencias con el ideal homérico, mantiene la entereza del héroe épico, como Odiseo cuando se interpela a sí mismo, llamándose a la moderación, siguiendo un ideal griego que nunca fue reemplazado ni rechazado. Tal es la actitud meditativa de un griego. No podía dejar de serlo Arquíloco, de ánimo fuerte frente a la realidad de una vida cambiante y esquiva con sus dones. Frente a la inestabilidad del hombre, destaca la percepción clara del poder de Zeus, encarnación de la majestad de los dioses:

“Tal es el ánimo de los hombres, oh Glauco, hijo de Leptines, según el día que les envía Zeus, y tienen tales pensamientos según las circunstancias con que se encuentran.” (68 D)

Aquí radica, pues, la esencia de lo „efímero“ de la vida humana, el hombre vive „según el día“ (*ἐφ' ἡμέραν*), pero aquí también está la solución: en la comprensión del ritmo (*ῥυθμός*), el movimiento regulado por tiempos, de la existencia humana, que suaviza los contrastes: *...γίγνωσκε δ' οἶος ῥυθμὸς ἀνθρώπου ἔχει* (67 D 7); por esto, Arquíloco no puede ser considerado un pesimista pues en su espíritu alienta la serenidad. Esta seguridad, adquirida en la experiencia de vida del poeta, es la que da fuerza a sus planteamientos sobre el hombre, y la que le permite dejar de lado la gloria y la riqueza que otros anhelan como remedio al sufrimiento; en el poeta mercenario se palpa un talante que anuncia a Diógenes el cínico:

“No me importan las riquezas de Gíges, rico en oro, ni me ha dominado la ambición ni envidia las acciones de los dioses y no codicio la soberbia tiranía: lejos está de mis ojos.” (22 D)

b) El ideal guerrero

Es en relación con este tema cuando Arquíloco refleja, de manera clara, su condición de „hombre nuevo“ respecto de la épica, y todo lo que del ideal heroico ella representa. Cabe recordar que Arquíloco fue soldado de profesión, por ello es muy importante comparar, y contrastar, su sentir sobre la guerra y el guerrero con la tradición heroica.

Que estaba orgulloso de ser guerrero queda claro en estos dos fragmentos:

“Soy un servidor del Señor Enialio y un concededor del amable don de las Musas.” (1 D)

“En la lanza tengo el pan de cebada, en la lanza el vino de Ismaro, y bebo apoyado en la lanza.” (2 D)

Arquíloco consigue su sustento batallando y tomando botín. He aquí una primera diferencia con el guerrero homérico; el poeta no pelea por honores ni por la sumisión de un enemigo, ni mucho menos, al parecer, por una patria. Él lucha para subsistir, para buscar una manera de salir de la situación que lo agobia. La guerra y el guerrero tienen aquí una función práctica, compárese esto con la afirmación de Aquiles: “No he venido a pelear obligado por los belicosos teucros, pues en nada se me hicieron culpables –no

Patricio Jeria, Tres Perspectivas sobre lo humano en...

se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás la cosecha en la fértil Ptía ... sino que te seguimos a ti ... para darte el gusto de vengaros de los troyanos a Menéalo y a ti [Agamenón]”¹². Debido a que ve la guerra como un medio de subsistencia y enfocada a fines pragmáticos, Arquíloco resta importancia al *honor* y la *fama* que se consiguen en los combates singulares y vistosos, tan caros al héroe homérico:

“Esímidés, ninguno que se preocupe de las críticas de un hombre vil puede experimentar mucha felicidad.” (9 D)

Y además:

“Una vez que muere, ningún ciudadano se hace respetable y afamado: los vivos buscamos más bien el favor de otro vivo y el muerto lleva siempre la peor parte.” (64 D)

Para el poeta de Paros, ya no importa impresionar en el combate para quedar en la memoria del otro. Es Arquíloco un hombre de acción y realista, el mercenario sirve mientras pelea y para esto hay que estar vivo¹³.

Como consecuencia de la valoración de la propia vida, surge otro factor que violenta el ideal heroico: huir del combate ya no es una posibilidad inadmisibile, famosa es la anécdota del escudo perdido¹⁴:

“Algún sayo se ufana con mi escudo, arma excelente que abandoné mal de mi grado junto a un matorral. Pero salvé mi vida: ¿qué me importa aquel escudo?Váyase enhoramala: ya me procuraré otro que no sea peor.” (6 D)

En este fragmento hay un rastro de ironía y un alto grado de pragmatismo. Arquíloco era guerrero profesional, sabía cuanto era valorado un soldado y también sabía cuán frágil y veleidosa es la memoria de los conciudadanos; entonces, ¿por qué morir si se puede seguir luchando luego?. No hay que olvidar que Arquíloco murió en combate y que tuvo culto como héroe en Paros. No podría acusársele de cobardía; de hecho era belicoso y virulento en sus ataques; no obstante, no era ajeno a la realidad del combate y

¹² *Iliada*, I, 149 y s.

¹³ Fragmento 13 D.

¹⁴ *Iliada*, VI, 441 y s.

su ironía no deja de ser ácida. No hay cabida para idealizar la cruda batalla¹⁵. Aún se enfrenta Arquíloco a otro aspecto del ideal heroico: "... rompe con el ideal que incluye la belleza con la excelencia"¹⁶. Con ello se opone diametralmente al ideal aristocrático del guerrero hermoso y valeroso. Nuevamente las consideraciones de Arquíloco son índole funcional y realista:

“No me gusta un general de elevada estatura ni con las piernas bien abiertas ni uno orgulloso de sus rizos ni afeitado a la perfección: que el mío sea pequeño y patizambo, bien firme sobre sus pies y todo corazón.”(60 D)¹⁷

No cabe duda que Arquíloco representa un cambio de visión de mundo con respecto a la concepción épico-heroica que imponía, por ejemplo, un Homero. Ya fuera producto de los nuevos tiempos¹⁸ o por sus propias inclinaciones, verosíblemente por una combinación de ambos factores, Arquíloco marcó una brecha entre la época heroica y la época arcaica y dio nuevas formas a expresiones líricas populares. Con esto, el poeta abrió las puertas de la poesía al *yo*, no necesariamente un yo subjetivo al modo como lo entendemos nosotros, sino al *yo* de toda una época, al sentir de un pueblo que ya no se veía reflejado en el ideal homérico.

c) Los sentimientos

La profunda sensibilidad de Arquíloco frente a la vida y su rebeldía en lo que respecta al ideal heroico, delatan a un hombre de sentimientos poderosos. La emotividad de Arquíloco parece estar a flor de piel y surge con crudeza; los sentimientos son exaltados hasta considerarlos como un sufrimiento físico y espiritual:

¹⁵ Siete son los muertos, que a la carrera alcanzamos, / y los matadores somos mil... (frag. 61 D).

¹⁶ W. Nestle, op. cit., p. 63.

¹⁷ *Ilíada*, III, 42-43.

¹⁸ “Este florecimiento de poesía lírica halló circunstancias favorables a su aparición en el cambio de las condiciones políticas y sociales, que vieron también como efecto de las colonizaciones, el paso de las monarquías a las oligarquías (y en algún caso a las tiranías) y de ellas a las democracias, a través de luchas de partidos y acciones individuales en las que la personalidad humana tuvo ocasión de afirmarse como fuerza singular...” Q. Cataudella, op. cit., p. 47.

Patricio Jeria, Tres Perspectivas sobre lo humano en...

“Estoy, desgraciado de mí, rebotante de amor, sin vida, con los huesos penetrados de terribles dolores por voluntad de los dioses.” (104 D)

Tales palabras parecen denotar un hombre sometido a una necesidad incontrastable y superior, frente a la que no caben recursos; la fuerza de la emotividad lleva al poeta a un estado de estupefacción, lo que sería un tema tradicional en la poesía posterior:

“...sino que el amor que debilita los miembros me somete a su imperio, amigo mío, y no me cuido de los yambos ni de las diversiones.” (118 D – 120 D)

Tal vehemencia en lo que respecta a la vivencia del amor se traduce, en otra perspectiva, en la violencia de sus ataques y en la pasión que enciende sus odios:

“Deseo luchar contigo tanto como desea beber el sediento.” (69 D)

Esta característica pone a Arquíloco en evidente concordancia con la ética arcaica, que plantea como lícita la posibilidad de devolver el mal con el mal, y que pone la ruina del enemigo como un fin a conseguir, coherente esto con la *areté* como virtud guerrera, planteamientos que serán sometidos a juicios severos por Sócrates y Platón. Frente a esta problemática, Arquíloco responde:

“Sé sólo una cosa importante: responder con daños terribles a quien daños me hizo.” (66 D)

Ello no obsta para que el poeta reconozca ciertas circunstancias donde es lícito reprimir la violencia y no ceder a los arrebatos, señal de una consideración ética, tal y como aconseja o reprende a Pericles, amigo suyo frecuentemente mencionado:

“...y bebiendo vino abundante y sin mezclar, viniste sin haber pagado tu parte ni haber sido invitado, <oh Pericles>, como lo hace un amigo, sino que tu vientre ha hecho caer en la desvergüenza a tu buen sentido y tu pundonor.” (78 D)

Ahora bien, seríamos injustos si nos quedáramos con una imagen monoplanar de Arquíloco, violento y pendenciero. Ciertamente es que supo usar su poesía con ironía mordaz e hiriente, pero también logró alcanzar momentos de inspiración suave y de contemplación que le permitieron apreciar la belleza sutil:

“Se llenaba de alegría al llevar una rama de mirto y la bella flor del rosal, y su cabellera cubría sus hombros y su espalda.” (25 D)

“De su perfumado cabello y su pecho hasta un viejo se habría enamorado.” (26 D)

Son estos fragmentos de una delicadeza y finura que se condicen con ese otro breve trozo de poesía:

“Ojalá que pudiera tocar la mano de Neobula.” (71 D)

Pero Arquíloco es un hombre de contrastes y de ello son prueba sus, a veces, crudas alusiones a una sensualidad ruda. Sin embargo, esta brusquedad de cambios entre términos opuestos, no es más que el reflejo de la naturaleza cambiante y polifacética del hombre, como el propio Arquíloco, con su agudo sentido de la observación planteó:

“[No es una sola] la naturaleza del hombre, sino que cada uno se siente confortado en su corazón por una cosa distinta...” (P. Oxyrh. 2310 frg I col. I 41-48)

Tres facetas de lo humano en Simónides

a) La existencia humana

Entre la producción lírica de Simónides se destacan sus trenos, que son originalmente cantos fúnebres, que en este caso se convierten en obras literarias con un valor estético que supera la funcionalidad del lamento fúnebre, y que reflejan una concepción trágica de la figura humana. Las circunstancias específicas de la composición funeraria se prestan especialmente para que Simónides se explayara sobre lo efímero de la vida del hombre, lo pasajero de la gloria y la muerte como fuerza arrolladora, ante la cual no queda posibilidad de escapatoria. Destaca en este sentido una

Patricio Jeria, Tres Perspectivas sobre lo humano en...

característica que ya los antiguos elogiaban en Simónides: su *pathos*, esa capacidad para captar la emoción del momento y, a partir de ella, construir una escena conmovedora¹⁹, donde se siente con fuerza el interés por lo humano y el gran conocimiento del poeta sobre la naturaleza del hombre.

Ante todo, Simónides está consciente de las limitaciones de la existencia humana, la insignificancia del esfuerzo del hombre se transforma en un tema fundamental de los trenos:

“Siendo humano, jamás digas qué va a pasar mañana,
ni, al ver a alguien dichoso, por cuánto tiempo lo será.
Porque ni el moverse de la mosca de finas alas
es tan rápido.” (6 D)

Destaca en este fragmento la inestabilidad constante de la condición vital del hombre, la incapacidad de conocer el futuro le impide al sujeto proyectarse con certeza; al mismo tiempo, se destaca lo efímero de la felicidad humana. Los bruscos cambios del destino dejan indefenso al individuo frente a la contingencia. No hay seguridad en la fugacidad de las aspiraciones humanas; por ello no es casualidad que la situación del hombre se equipare al vuelo de la mosca; la imagen no puede ser más decidora y certera.

Otro fragmento demoledor no deja dudas respecto a la futilidad de la condición humana frente a la grandeza que puede derivarse ya sea de la riqueza o de la virtud, elementos que en el pensamiento arcaico no pueden ir por separado. Simónides pone el horrible rostro de la muerte que todo lo consume. Si es que alguien pretende destacarse entre los infelices mortales, o si alguien pudiera envidiar la situación de los poderosos, Simónides está atento para curarlo de su ilusión: finalmente todo perece junto al sujeto (incluidas sus obras). La muerte iguala a los seres humanos y nada escapa a la condición efímera del hombre, que contamina todas sus logros y acciones:

“Porque todo llega a la misma devoradora Caribdis,
las grandes excelencias y la riqueza.” (8 D)

Significativo es el uso de una figura mítica, Caribdis, para representar el hecho humano por excelencia: la muerte.

¹⁹ Se dice que en este sentido, los contemporáneos de Simónides lo consideraron superior a Esquilo, lo que no deja de ser un dato significativo.

Sombrío es el pasar del hombre por la tierra, lo único seguro en su vida es el esfuerzo y el sufrimiento (*πονός αμφι πονῶ*). Aun los hijos de los dioses no escapan a este destino; no es posible una mezcla de lo divino y lo humano, sin que lo celestial conserve su pureza prístina:

“Pues ni siquiera aquellos que antes hubo
y fueron héroes, hijos de los dioses
soberanos, a su vejez llegaron
tras vivir sin pesar, sin riesgo ni ruina.” (7 D)

La necesaria limitación del poder humano *ἀνθρώπων ὀλίγον μὲν κράτος*, somete el orgullo y la gloria ante el poder de lo divino, tal y como lo expresa Simónides, en el único fragmento que resta de una elegía: “En nada Dios se equivoca, logra todo y seguro” (63 D). El contraste es significativo si se consideran las palabras anteriores de 6 D. Refiriéndose a un monumento funerario, símbolo de lo pasajero de la vida humana, Simónides llama „insensato” al que pretende poder oponerse, de algún modo, al inexorable paso del tiempo y la fuerza de la naturaleza.

Tal vez donde se refleja con mayor fuerza este sentimiento de desamparo frente a la desgracia y el sufrimiento, sea el fragmento 13 D. Aquí se retoma un episodio mítico ampliamente difundido en Grecia: la historia de Dánae y Perseo, arrojados al mar en una caja de madera, pues Acrisio (padre de la joven y abuelo de Perseo) pretendía conjurar un oráculo que decía que sería muerto por su nieto. En Simónides y su tratamiento del mito, destaca el contraste entre la calma inconsciente del niño que duerme: *εἰ δὲ τοι δεινὸν τό γε δεινὸν ἦν* (v. 12), y la angustia desesperada de Dánae: *ὦ τέκος, οἶον ἔχω πόνον* (v. 7-8), que se da cuenta de la horrible situación en que se encuentran, representada por el mar furioso. El *pathos* de Simónides alcanza alto vuelo en la representación vívida de la solícita ternura de la madre, que habla a su hijo dormido, imperturbable en su inocencia. La humildad con que Dánae habla a Zeus, padre del niño, para rogar por un cambio en su situación, es otro ejemplo de la mísera condición humana frente al destino. Vale la pena leer completo el fragmento 13 D, donde, según A. Lesky, “el mito no es más que un pretexto para describir el alma humana con máxima penetración y ternura”²⁰.

²⁰ A. Lesky: *Historia de la literatura griega*, Gredos, Madrid, 1968, p. 217.

“... Cuando dentro del arca bien labrada
la arrastraban los soplos del viento
y el agitado oleaje,
se sintió sobrecogida de terror, y con mejillas húmedas
se abrazó a Perseo y le habló:
„¡Ah, hijo, qué angustia tengo!
Pero tú dormitas, duermes como niño de pecho,
Dentro de este incómodo cajón de madera de clavos de bronce
Que destellan en la noche,
Tumbado en medio de la tiniebla azul oscuro.
No te inquietas por la ola que lanza
Por encima de tus cabellos la espuma marina
Ni el bramar del viento, recostando
Tu bella carita en mi mantilla de púrpura.
Si para ti terrible fuera lo que es terrible,
ya habrías prestado oído ligero a mis palabras.
Pero te lo ruego, duerme, niño mío.
Que duerman también el alta mar, duerma la inmensa desgracia.
Ojalá se mostrara algún cambio,
Zeus Padre, movido por ti.
Y si alguna palabra atrevida
Y al margen de lo justo te invoco, ¡perdóname!”

b) La *Ἀνδρεία* como *Ἀρετή*

El encomio, en términos generales, es un canto de alabanza, pero si el hombre es un ser efímero y sometido al error y la desgracia, ¿qué podría alabarse de él? Simónides ya estableció que incluso la riqueza y las „grandes excelencias“ se hunden con la muerte de quien las posee y practica. ¿Cómo salvar esta disyuntiva, que lleva a un callejón sin salida?

“De quienes en las Termópilas murieron,
gloriosa fue la suerte, hermoso su final.
Un altar es su tumba, su planto es alabanza,
Y en lugar de los llantos les rodea la fama.
Semejante epitafio ni el viento del Este
Ni el tiempo que todo lo doma a borrarlo van.

Este recinto sagrado el buen renombre en Grecia
 Adquirió por tales guerreros. También lo atestigua Leónidas,
 Rey de Esparta, que ha dejado aquí de su valor
 Un gran monumento y una gloria inmortal.”

En el fragmento 5 D, Simónides transforma un canto que podría ser un lamento en una alabanza al valor y al sacrificio de los valientes; mediante una serie de inversiones significativas: *εὐκλεῆς* - *τύχη*; *καλὸς* - *πότμος*; *βωμὸς* - *τάφος*; *γόνων-μνῆστίς*; *οἶκτος* - *ἔπαινος*, Simónides transforma la muerte de Leónidas y sus hombres en un hecho diametralmente opuesto a las muertes ordinarias, aquí no hay lugar para la alusión a las limitaciones humanas, como ocurría en los troyanos. El destino de los valientes es hermoso, su suerte gloriosa; su sacrificio transforma la tumba en un altar y el lamento da paso a la alabanza “y en lugar de llantos les rodea la fama”. La superación de los elementos negativos de la naturaleza humana culmina en la idea de grandeza y perennidad, transformación que se lleva a cabo por medio de la virtud y la valentía (*ἀρετῆς*), Leónidas asume la negatividad y la indigencia humanas y las convierte en un “gran monumento” y en gloria inmortal (*ἀέναου... κλέος*).

El encomio a los héroes de las Termópilas se relaciona estrechamente con otro fragmento:

“Hay cierto relato que cuenta
 que la Virtud habita sobre rocas de difícil acceso,
 donde la acompaña un santo coro de ninfas.
 No es tampoco visible a las miradas
 De todos los mortales, sino sólo a quien
 Le brota dentro el sudor de un ánimo esforzado,
 Y llega a la cumbre del valor.” (37 D)

La virtud, *Ἀρετή* (dórico) se identifica con la divinidad, por ello la mayoría de los hombres no logra alcanzarla, pues no atañe al mortal contemplar y compartir lo divino. Sin embargo, la aspiración a la virtud, que es característica de los hombres y no puede negarse, debe asumirse como un camino de esfuerzo (*δακέθυμος*) que se traduce en una lucha desde el interior del espíritu. La *andreia* se transforma en una conquista que hace al hombre partícipe de lo divino, idea que ya estaba presente en 5 D, desde que la tumba se vuelve altar, invirtiendo la negatividad de la muerte por medio de la

Patricio Jeria, Tres Perspectivas sobre lo humano en...

elevación hacia el espacio de lo sagrado: *χορὸν ἄγνόν*. Sin embargo, detrás de estos hombres extraordinarios están los dioses, pues:

“Nadie consigue areté sin los dioses: ni una ciudad ni un mortal. Dios lo conoce todo, pero, entre los hombres, nunca falta el mal.” (10 D)

c) El hombre bueno

Sin embargo, Simónides plantea los ejemplos de 5 D y 37 D, como casos excepcionales, al común de los mortales no le es posible acceder a la virtud, o más bien, al ideal de virtud que comúnmente se sostiene. El pensamiento crítico de Simónides se aplica al concepto tradicional y aristocrático de *areté*, decantando una moral más humana y real. Simónides no niega que exista la virtud, ya lo afirmó en 37 D, sino que más bien es el hombre, atrapado por sus limitaciones, quien no puede mantenerse siempre a la altura de las circunstancias: “... Más a pocos les dio un dios la virtud hasta el fin”(36 P). Aun cuando el individuo pretenda ser correcto y actuar rectamente, son sus propios impulsos: la codicia, la lujuria y el amor a los pleitos, los que lo alejan de la virtud. Simónides siempre con espíritu práctico, concluye:

“Quien no pueda durante toda su vida avanzar por un impecable sendero, bastará que sea, en lo posible, bueno.” (36 P)

En el famoso fragmento 4 D, el poeta desarrolla ampliamente esta idea, frente a la sentencia „es arduo ser bueno (*ἐσθλὸν*)“, Simónides presenta su propia postura: la excelencia no es innata, sólo los dioses podrían tener tal característica. Los trastornos en la fortuna modifican las posibilidades de acción humana, limitando las opciones. Quien está obligado (*ἀμάχανος συμφορά*) a ser malo (*κακὸν*) no puede actuar de otra forma: “Contra necesidad ni los dioses batallan”. Salvo los amados por los dioses, nadie puede ser bueno e irreprochable (*πανάμωμος*) siempre. Ante esta circunstancia, Simónides se plantea desde su perspectiva personal y

pragmática, enfrentada con la sabiduría tradicional representada por Pítaco²¹. No se puede perseguir lo imposible, no hay chance de ser bueno e irreprochable:

“Por eso nunca, persiguiendo lo imposible,
yo arrojaré la vida que me dé el destino
en pos de una esperanza irrealizable”.

No obstante, se puede evitar ser malvado cuando existe esa posibilidad. Es reprochable aquel que, pudiendo actuar bien, no lo hace; Simónides introduce aquí la voluntad (*ἐκόν*) humana como criterio para juzgar la virtud y el vicio (*αἰσχρά*). Esto significa un paso gigantesco respecto de sus predecesores. El poeta de Ceos propone su propio concepto de hombre bueno, en palabras de Simónides un “hombre sano”: sujeto capaz, „no demasiado impotente o débil, (literalmente „sin manos”) (*μηδ’ ἄγαν ἀπάλαμνος*)“; que conozca la naturaleza inestable del hombre y que se cuide de actuar mesuradamente para no caer en error. A ello se suma un conocimiento práctico de la Justicia que beneficia a la comunidad política (*ὄνησιπολιν δικᾶν*). No se trata de rebajar la vara de la virtud hasta el suelo, pues no se descarta que la incompetencia o la negligencia sean condenables, sino más bien de centrar la virtud desde un horizonte humano.

Arquíloco y Simónides en perspectiva

A partir del somero análisis de algunos pocos fragmentos de ambos poetas, fácilmente puede deducirse que Arquíloco y Simónides se plantearon ante sí mismos y frente al resto, como hombres excepcionales. Arquíloco, un guerrero mercenario, miró de hito en hito al ideal heroico y contribuyó al triunfo de una nueva idea del hombre y una nueva escala de valores. Su experiencia personal le permitió proyectarse con un punto de vista novedoso e ilustrador sobre la naturaleza humana. El poeta tomó de la elegía arcaica primitiva la orientación parenética, que da a algunos de sus discursos un aire de exhortación a la medida y a la valentía frente a los sinsabores de la vida. Su profundo sentido religioso lo puso frente a los dioses con una actitud de reverencia, pero su agudo ojo crítico y su mordaz lengua no dejaron „fíttere

²¹ La afirmación de Simónides toma todo su peso si consideramos que Pítaco era uno de los siete sabios de la antigüedad.

Patricio Jeria, Tres Perspectivas sobre lo humano en...

con cabeza" cuando atacó los ideales de una sociedad aristocrática que moría lentamente. Por ello fue un individualista, visceral a veces, y un revolucionario opuesto al „espíritu" de la poesía homérica.

Simónides en cambio, desde su perspectiva personal diametralmente opuesta, como poeta errante y cortesano que era, planteó una crítica „ilustrada" y „reformista"; su ideal de hombre sano, *ὑγιῆς ἀνὴρ*, se opone al *ἔσθλός ἀνὴρ*, el hombre bueno de la nobleza guerrera y aristocrática, que estaba demasiado sometido a los reveses del destino, lo que lo volvía ineficaz. El ideal de Simónides apunta a alabar la inteligencia, la habilidad y, en correspondencia con los nuevos tiempos que venían, lo que tiende al bien común; para él la *areté* consistía en la abstención de lo inmoral y lo malo, la pureza de las acciones; *αἰσχρὰ μὴ μέμικται*, es lo que se exige al *ὑγιῆς ἀνὴρ*. Aún cuando siguió alabando el esfuerzo por alcanzar la virtud y supo ensalzar de manera sincera y sentida la vieja „virtud guerrera" en su encomio.

No obstante, en algo se asemejan los líricos de Paros y Ceos; su sentido de la vida palpita de serenidad y optimismo. En Arquíloco el hablar del sufrimiento, personal y general del hombre, y transformarlo mediante el arte poético en un goce estético, sirvió de „catarsis" a un espíritu vehemente como era él. La serenidad que transmiten sus palabras es palpable en su exhortación a Pericles:

“Ni la ciudad ningún ciudadano reprochará, oh Pericles, nuestro duelo, lleno de lamentos, cuando se regocije en alegres reuniones: tales son los hombres que han anegado las olas del mar estruendoso; hinchados de dolor tenemos los pulmones. Pero los dioses, querido mío, han puesto la esforzada resignación como medicina de los males sin remedio. Una vez es uno y otra otro el que los padece: ahora se han vuelto contra nosotros y lloramos una herida sangrienta; y otra vez irán a casa de otros. Ea pues, resignaos cuanto antes, dejando el dolor mujeril.” (7 D)

Pero nuestra palabra „resignación" quizá no le hace mucha justicia a *τλημοσύνη*, huele a quietismo y a triste agachar la cabeza; sin embargo, el término griego se relaciona con *τλάμων* (dórico) y *τλήμων*, que indican al „paciente", el que sufre, y al mismo tiempo al „valeroso"; así como *τλάω*, el verbo, indica 'sufrir', „aguantar", pero también „atreverse a" y „poder". Así mismo, *τλητός*, el adjetivo verbal, significa „paciente" y „valeroso"; pero porque el valor puede volverse arrogancia, *τλάμων* también admite este sentido, es que Arquíloco, aconsejándose a sí mismo dice:

“Corazón, corazón atormentado por inmensos dolores, cobra valor y defiéndete ofreciendo el pecho al enemigo y deteniéndote con valor junto a las emboscadas de los hombres hostiles; si vences, no te jactes de ello públicamente y si eres vencido no gimas refugiándote en tu casa. Alégrate con las cosas alegres y no te irrites demasiado con los fracasos: date cuenta de las alternativas a que está sujeto el hombre...” (67 D)

Si leemos los trenos de Simónides, y sólo a ellos los consideramos, podríamos pensar que el poeta plantea una visión sombría del hombre. Sin embargo Simónides se plantea desde una perspectiva práctica que lo aleja del pesimismo. La inevitabilidad de la muerte anula al ser humano y sus logros individuales; no obstante ella nos enfrenta al común de nuestros congéneres; las limitaciones humanas planteadas por Simónides generan en el poeta un pensamiento lúcido que surge de la necesidad de desenmascarar falsos ideales. El sentimiento de desamparo del hombre, permite a Simónides acceder a dimensiones emotivas cálidas y piadosas que se traducen en este *pathos* que lo singulariza y que se refleja en una ternura compasiva, palpable en el fragmento de Dánae. Al mismo tiempo, Simónides rescata el aspecto positivo de la vida humana, simbolizándolo en la cuota de placer y gozo, que si bien es inestable y efímera, no es despreciable:

“Pues, sin el placer, ¿qué vida humana es deseable, o qué clase de poder? Sin él, hasta la existencia de los dioses No nos parecería envidiable.” (57 D)

“No hay *χάρις* en la hermosa Sophía si no se posee la salud, digna de honra.” (56 D)

Χάρις ἡδονή y *ὑγίεια*, son elementos que hacen soportable la vida de los mortales. La mirada crítica de Simónides no lo hace ser triste sino que le trae lucidez, cosa que no es extraña en un hombre que decía de sí mismo:

“No de flores de colores y fragantes, cogidas en el prado lleno de rocío, tejo coronas perecederas y sin fruto, sino que del amargo tomillo extraigo, como la lista abeja, la dulce miel de mi canto.” (43 D)

Patricio Jeria, Tres Perspectivas sobre lo humano en...

Esto no es un logro menor para sujetos que consideraron al hombre ser de un día, *ἐφ' ἡμέραν*, o que hicieron su existencia más fugaz y cambiante que el vuelo de la mosca:

ὠκεῖα γὰρ οὐδὲ τανυπτερύγου μυίας οὕτως ἂν μετὰστασις.

THREE VISIONS OF MAN IN ARCHILOCHOS AND SIMONIDES

It could be said that Archilochos and Simonides are the opposite ends of a process of artistic, social and politic transformation that began in VII century b. C. and decanted, at last, in the golden age of greek culture. This writting propose a comparation, by means of analysis on some fragments, of Archilochos and Simonides views about three topics: virtue, bravery and human existence. Both poets positioned themselves, in relation to their own comunities, as exceptionals men, for this reason their fragments show an acute critique to ideologies wich were predominant in their respective times. This results in the reaffirmation of personal points of view as principles to judge reality, moreover it is outstanding the optimism and serenity with wich both artists assume the consequences of their poetic andintellectual reflexion about individual and social human phenomenon.